PEGASO

REVISTA, MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Noviembre de 1920. Núm. XXIX.—Año IV.

MANUEL PÉREZ Y CURIS

Hacía tiempo que la materia había claudicado; no obstante, Pérez y Curis hasta sus últimos días conservó su juventud de espíritu y su frescura creadora. Muerto a la edad de treinta y seis años, deja de su paso por la tierra una profusa e intensa labor cerebral.

Redactó dos revistas: "La Aurora" y "Apolo" que tuvieron gran circulación y fueron en su tiempo mensajeras de nuestros valores intelectuales y casi único asilo de las nobles inquietudes juveniles.

En poesía escribió seis volúmenes: "La Canción de las Crisálidas", "Heliotropo", "Alma de Idilio y Rimas Sentimentales", "El Poema de los Besos", "El Gesto Contemplativo", "Ritmos sin Rima"; y deja pronta para ser dada a las máquinas "Romances y Seguidillas del Plata".

En prosa deja publicados: "Rosa ígnea" (cuentos), "Por Jardines Ajenos", "Arquitectura del Verso", "Etica del Panfletismo", "El Marqués de Santillana"; y pronta para ser publicada una novela: "La Ola" (uno de cuyos capítulos dimos a publicidad en el número anterior de PEGASO), e inconcluso un estudio: "Del Concepto en Poesía", que formaría la segunda parte de los estudios literarios que había iniciado con "Arquitectura del Verso"

No es el momento de pesar los valores de su vasta obra, algunos de cuyos volúmenes tuvieron éxito innegable dentro y fuera de nuestras fronteras, como sus libros "El Marqués de Santillana", juzgado por eruditos y especialistas como uno de los mejores y más completos estudios que se hayan hecho de aquel luminoso ingenio castellano y "La Arquitectura del Verso", declarado texto oficial en algunas universidades de España y América.

La sola enumeración de sus obras da la idea de su carácter polimorfo; acaso en conjunto su labor se resienta de esta misma multiplicidad, pero ella revela una perseverancia verdaderamente admirable en quien durante una gran parte de su vida tuvo que luchar contra un adverso destino. Esta fe y este entusiasmo lírico, a los que sólo ha podido abatir la muerte, bastarán para que su silueta sea recordada con el respeto que se merecen los hombres luchadores y enamorados de un ideal.

PEGASO, que lo contó entre sus amigos, se complace en publicar, en homenaje a su memoria, estas dos composiciones inéditas que integran su obra póstuma "Romances y Seguidillas del Plata", próximas a aparecer.

RECATO

¡Oh, la obrerita de antaño
dulce como la vihuela
y cordial como la tórtola!
Figura que no se aleja
del alcázar del recuerdo,
símbolo y vital esencia
de amor acendrado y fértil
en otra edad más ingenua.

Manuel Perez y Curis

¡Oh, la obrerita de antaño,
la humildísima! ¿Cómo era?
Era así: noble y sencilla,
franca, púdica y risueña;
como la mosota, humilde,
grácil como la gacela
y sensual sin impudicia,
como flor que en primavera
se ocultara entre las hojas
temiendo perder su esencia.

EL CERRO DE MONTEVIDEO

Peregrino que vienes a mi tierra
de allende el mar y en la retina traes
el reflejo de hermosos panoramas,
ricas mesetas y jocundos valles,
¿qué te sugiere nuestro Cerro altivo
como un vigía solitario y grave?

Erguido en la ribera es en su orgullo
atalaya en las horas de combate,
en los días de paz glorioso olivo,
guía, en la noche, de extraviadas naves.
Bravo y soberbio paladín parece,
y es a un tiempo broquel, villa y paisaje.
Peregrino: ¿aún retienes en el alma,
nidal de ensueños, su atrayente imagen?

Pues lo olvidan pintores y poetas,
le consagro sereno este romance;
lo escribí con unción; ¡oh, peregrino
de lejano ideal: di, si te place,
que no tiene poeta nuestro Cerro
y yo le canto con ternura de ave!

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

LA IDEA DE PATRIA

Verdaderamente complacidos adelantamos el capítulo segundo, inédito, de "La Profesía de Ezequiel", libro que el maestro Zorrilla de San Martín ha dado ya a las cajas. Los lectores de PEGASO sabrán apreciar como se merece este artículo en donde se aunan profundidad de concepto, calor emocional y elegancia de estilo, cualidades que han hecho del autor de "Tabaré" una de las primeras figuras literarias del Continente.

I

¡Cómo vuelan! decía el niño Bernardino, cuando veía por primera vez las torres de su pueblo.

Y no eran las torres lo que volaba; eran las golondrinas, que parecían salir de ellas.

Nosotros, en presencia de nuestro paisaje, oiremos el vuelo de lo que canta más allá de las gaviotas y de las golondrinas: el de las ideas que salen también de todas las cosas, como el pensamiento del universo.

No hay tal pensamiento del universo, sin embargo; sólo el hombre piensa entre las criaturas visibles. Lo que yo encuentro en la naturaleza, no está en la na-

turaleza; está en mí mismo. Llevamos en nuestra fantasía la mañana y la noche, la primavera y el invierno, la voz del trueno y la del pájaro. Y las palabras insondables, y las ciudades deshabitadas, y los desiertos llenos de voces.

Afirmar que las cosas son tristes o alegres porque nos producen tristeza o alegría, es como suponer que tienen memoria, porque nos despiertan recuerdos. ¡La memoria de las cosas, de los colores, de los sonidos inarticulados!

La alegría de la oscuridad es la risa de un ciego; la tristeza de la luz es el llanto de un niño; la influencia de las cosas en nosotros es la memoria del universo de que formamos parte Que no se acuerda uno más que de sí mismo, en resumidas cuentas.

Cuando en nosotros no hay paz y alegría, las cosas no son nuestras amigas, ni nos consuelan. Se llenan, en cambio, de serenidades y de pensamientos acompañantes, cuando les damos la resignación de nuestras almas.

"Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, Ortega y Gasset, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo, y hace de él su cubil De cuando en cuando, da un aullido lastimero, y enseña los dientes a las cosas que pasan. "

Y, además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento...: percibimos con extraña evidencia la línea negra que limita cada sér y lo encierra dentro de sí mismo, "sin ventanas hacia afuera"... Ese es el descubrimiento que hacemos por medio del dolor, del físico sobre todo, como por medio de un microscopio: la soledad de cada cosa. Seguimos, con la mirada, la espalda curva, rendida, de cada cosa, que sigue a su vez su trayectoria solitaria.

Es lo contrario de eso, efectivamente, lo que yo he sentido y siento habitualmente, ante el paisaje que

miro largas horas desde mi torrecilla: siento "la sociedad de las cosas" Ellas también, las cosas, sin excluir las estrellas, han nacido, como los hombres, para vivir en sociedad, no me cabe duda.

Hermano lobo, hermano sol, hermana agua, decía San Francisco, el pobrecito de Asís.

Lo que es "propiedad" en el agua que busca su nivel, es "instinto" en el pájaro que busca materiales para el nido, y es "facultad" en el hombre que anhela el bien Propiedades, instintos, facultades, he ahí las potencias de este inmenso organismo de la creación, sociedad de cosas visibles e invisibles, hechas por Dios las unas para las otras, y todas para gloria de su nombre

Nada en la naturaleza está aislado, efectivamente; no hay raya negra en los contornos de los objetos; todo se auxilia y compenetra en el ambiente de luces y sombras; los reflejos de unas cosas en otras, de las visibles y de las invisibles, forman la armonía de las esferas, que es la paz. Darse cuenta de que Dios no ha sido menos bueno al darnos la oscuridad que al darnos el sol es la sabiduría. Si, como ponemos un poco de agua en nuestro vino, aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo, y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso, cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren. El dolor ajeno es el deleite de los perversos; la suprema diversión del hombre pagano fué siempre el espectáculo del dolor y de la muerte de su semejante. Cristo redimió a la humanidad muriendo

II

Nadie ha dejado de traslucir, sin embargo, en mi amor ingenuo a mi paisaje y a mi casa rústica, el predominio, en mi vida psíquica, de un sentimiento que, como las golondrinas alrededor de las torres, se ve volar en torno de todo esto, y que se relaciona con esa sociedad de todas las cosas de que tratamos. Hablo, claro está, del amor a la tierra en que uno ha nacido; del propósito de hallarla bella, y de hacerla amable y respetable del mayor número.

No es otro, efectivamente, el propósito que me conduce: hacer sensible el concepto verdadero de patria y de patriotismo, que, si es realmente una virtud y no un feo vicio, tiene que ser una cosa muy distinta de lo que generalmente se cree. El enorme problema de la guerra no tiene más solución que esa: la depuración evangélica del concepto de patriotismo.

Ese sentimiento de patria o patrimonio colectivo existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá El universo se divide para el hombre en dos fracciones: la patria de un lado, todo lo demás dél otro; pero sin que exista entre ambos la raya negra. Ese concepto de patria, continuación o ensanche de la propia casa habitada por los recuerdos, es, a mi juicio, el solo verdadero. Como mi huerta es tanto más amable cuanto más cultivada por mi mano, la patria es tanto más patria cuanto más la hemos servido y honrado con nuestro amor, o ungido de nuestro dolor. Su historia es la de mis árboles; su bandera nos recoge todo el sol que el universo produce para nosotros. El resto ahí se queda; es de los demás vivientes; para las otras banderas. Y no la necesitamos para ver bien los colores de la nuestra y sentir la vida en su plenitud.

Ese amor, "elevado del rango de sentimiento al de virtud", es lo que se llama patriotismo; hecho pasión desordenada o irracional, es el vicio colectivo y engendra guerra.

Bien es sabido que algunos innovadores (Tolstoi es su más sonado intérprete), dicen que el patriotismo "es sentimiento egoísta, inspirador de guerras y destinado a desaparecer, para ceder su puesto al sentimiento de la fraternidad universal". Esos han tomado por patriotismo lo que no es tal cosa; han visto en él un sentimiento principalmente negativo o de exclusión, siendo así que es esencialmente positivo, de sólo amor. La ciencia no tiene patria, le decían una vez al francés Pasteur Nó, no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí.

III

Uno tiene necesidad, no cabe duda, de concentrar la tierra, para hacerla objeto de su cultivo espiritual, en un pedazo de su habitable superficie. ¿Has de romper todo el planeta con tu arado?

Y como el de la tierra, uno concentra y cultiva el amor al hombre en el que profesa a los que le son más próximos o parecidos y le están ligados por el amor común a las cosas y por las comunes cualidades y defectos. Sólo por ahí se va al amor a la humanidad, y hasta al amor a Dios. Si no amas a tu hermano a quien ves, dice Juan, el Evangelista, ¿cómo amarás a Dios, a quien no ves?

Los hijos de las montañas suntuosas nos suelen hablar de ellas con cierto orgullo de heredero rico. Que sea en buena hora. Yo, hijo de este Río de la Plata sin horizontes y de sus colinas. me sentí abrumado, debo confesarlo, cuando vi por primera vez una cordillera; casi tuve envidia. Pero, bien mirado, aquello me imponía sin impresionarme. Un pensamiento extrava-

gante quedó vibrando en mi espíritu: me pareció que allí casi no había tierra habitable para el hombre, porque toda ella, y hasta gran parte del cielo, estaban ocupados por sus formidables dueños, las montañas. El hombre se me antojaba allí un huésped, un transeunte; sus edificios, por suntuosos y cimentados que sean, siempre parecen chicos, provisionales, siempre recién hechos, al lado de aquellas enormes arquitecturas antiquísimas, sin puertas ni ventanas, en que la tierra proyecta hacia afuera los relieves y las formas de su vida interior con el sentido oculto en sus profundidades. No hay torre que resista la proximidad del "Corcovado" de Río de Janeiro; no hay construcción posible al lado del "Pan de Azúcar"; los hombres andan en las rugosidades de aquella tierra sublime como si guardaran silencio, como conspiradores encarcelados. Las mismas piedras, al formar edificio, han obedecido, más que a la voluntad del hombre, a una fuerza incógnita que las devuelve a las canteras maternales.

Otra cosa es la docilidad de la colina verde; se dijera que se inclina, como el dromedario, para recibir el peso de su dueño; una choza humana toma posesión de ella y la hace vivir; la llena por completo y la transforma; una cúpula la engrandece y la llena de gloria.

La cúpula de Miguel Angel, por ejemplo, se levanta como señora sobre las colinas de Roma, que son su proporcionado pedestal; se la ve de todas partes; el cielo sale de ella como el nimbo del casco de un arcángel. Colocada en el Apenino, moriría estrangulada. El pequeño cerro de la bahía de Montevideo, de que hemos hablado, sería sólo una sinuosidad graciosa del terreno, si no tuviera la antigua inocente fortaleza que tiene en el vértice. Con ella, el armonioso montecillo

es un guardián ceñudo y formidable de la ciudad. La vieja construcción es el espíritu del monte, símbolo, a su vez, de la patria, señora de sí misma, fuerte en el alma personal.

IV

Sea de ello lo que fuere, y mientras admiro el genio de los grandes montes ajenos, yo siento concentrado mi amor al universo en este paisaje mío que me rodea, cuyo contorno, determinado por la línea que traza el mar en la tierra hospitalaria, se pierde en el azul de las lejanías, hecho de muchos azules... Veo, desde mi terraza rústica, la "Isla de Flores", posada en el sitio impreciso en que el agua se separa del aire. Son tres pedazos de tierra o de roca, que parecen salidos a nado de nuestra costa, para tomar posesión de nuestro horizonte, y sentarse en nuestra puerta con una luz en la mano. Son bloques de mármol blanco algunas veces, que toman coloraciones distintas según la hora y el estado de la atmósfera; pequeños promontorios negros otras veces, cuando se envuelven en sus nieblas y encienden su lámpara acompañante de relámpagos amigos. Se nos ofrecen más o menos próximos o alejados, según los caprichos de la luz difusa; hay momentos en que, revelados por ésta, se dijera que acaban de aparecer en el horizonte y que los vemos por primera vez. En otras horas, los busco y casi no los encuentro; se han ido, o se han escondido en el aire.

Mucho más lejos, cuando éste es diáfano, se distinguen con bastante precisión, en el horizonte del Este y del Norte, las alturas de nuestra costa atlántica, como ligeras nubes: la "Sierra de las Animas", "Pan de Azúcar", los montes de "Maldonado" que nos exploran el mar. Esas montañas no son tales propiamente hablando: son sólo elevaciones de la llanura, por

las que asoma la osamentación granítica de la tierra. Como todo lo de la nuestra, esas alturas o asperezas, son ponderadas y armoniosas, grandes pero no enormes, elevadas pero no inaccesibles; lo son, hasta sus cumbres, al hombre y a la espiga, al águila y al gilguero, al caballo y a la perdiz: son todas de pan llevar; más que brotadas del fondo de la tierra, parecen caídas del aire y arraigadas en las entrañas del suelo.

La armonía, la proporción, son rasgos distintivos de esta mi heredad nacional, como lo fueron de la antigua Grecia, nuestra abuela; fueron ellas las que dieron nacimiento a los bellos mitos inmortales. El mar, color de vino o de violetas, era allí propicio al navegar de barcos de vela de púrpura, movidos de remos al són de flautas; un chorro de agua transparente, un pedazo de roca con un poco de musgo eran bastante para habitación de una divinidad riente; una pequeña montaña, el Olimpo, era digna residencia y armoniosa de los dioses todos.

Estos no existieron, pero viven en alguna parte; la humanidad sigue creyendo en la grandeza de aquel monte Olimpo.

V

Guiado por las lejanas serranías, sigo yo, con el pensamiento, la costa de la patria, en que resuena la voz de nuestro pedazo de Atlántico, lleno de dioses; adelanto en dirección al Norte, hasta nuestra frontera con el hermano Brasil, y, torciendo entonces, tierra adentro, hacia el Oeste, hasta dar con el río del Uruguay que nos da su nombre, desdiciendo por ese nuestro fuerte progenitor, entre las islas innumerables, en busca de mi punto de partida.

Y de nuevo frente al Río de la Plata, al Cerro de Montevideo; de nuevo en la casa blanca y chica de que he partido, y que es el centro de mi universo, me parece que he recogido mi país todo entero con los dos brazos; que él no es sino un ensanche espléndido del pedazo de tierra cultivado por mí, sin nada exótico, nada que no sea mío y de mis hermanos: la lengua española adaptada a nuestro acento; los ríos que alimentan el Uruguay; los bosques indígenas que beben en esos ríos; las colinas gemelas que ondúlan en su "divino silencio verde", y en que los ganados innumerables, vacas, ovejas, caballos, comparten su pan con el avestruz salvaje; los árboles de nombres primitivos, que cantan en sus pájaros tonadas en la misma lengua, afinadas al ruido de los arroyos sin cuento, bordados de camalotes; al olor de los pastos, al vuelo de los pájaros, de los sonoros "teru-teros" que anidan en la tierra; de los "horneros" fabricantes de cúpulas; de las "palomas torcaces" que viven en los cardales, y de las "garzas" que alegran el juncal. Todo ello está en armonía con el hablar de los hombres y el reir de las mujeres; con el canto de las madres que amamantan niños; con los nombres pintorescos habitados por la historia que nos es querida.

Sin que esto quiera decir que constituya todo el sentimiento de patriotismo, hemos de convenir en que esa sociedad del hombre con la naturaleza forma parte integrante de ese amor a algo terreno que debe sobrevivirnos a nosotros y a nuestros hijos; de algo eterno en el tiempo, y que parece sagrado.

Yo estoy persuadido, por ejemplo, de que mi frívolo alegato en favor de la colina, en su pleito estético con la montaña, ha causado alegría a los hijos de las llanuras.

Se han creído personalmente aludidos en la defensa; se han sentido colinas como yo.

Recuerdo de una vez que percibí con particular intensidad esa fuerza de cohesión entre el hombre y las

cosas. El hecho ocurrió en uno de mis viajes al través del mundo, cuando visité el jardín zoológico de Madrid.

—¿Y no tienen ustedes algunos ejemplares de la flora americana? — preguntaba yo al reputado dueño de aquella casa, don Miguel Colmeiro, después que me hizo conocer sus tesoros

—Allí hay un ejemplar del "Pircunia Dioica", — me dijo el amable sabio.

Y fuimos a ver el "Pircunia Dioica" Me cuesta confesar que casi sentí una lágrima en los ojos, como un tonto, cuando advertí que el árbol que me mostraba era un "ombú", el árbol de mi tierra, que allí, con un nombre exótico, fuera de su clima, crecía enteco y doloroso

Aquel árbol me pareció un hermano enfermo, que me estaba esperando antes de morirse en su soledad. Sentí el deseo de abrazarlo, de consolarlo. El sabio botánico no sabía nada de eso: del alma del árbol; de sus relaciones con la mía

Es menos frívolo de lo que parece este recuerdo. No quiero decir que esa comunicación del hombre con la naturaleza sea la causa del alma nacional; pero sí que es su inmediato efecto y su símbolo. Un árbol es tanto o más que una bandera. No es por que amamos esas cosas, árboles y banderas, por lo que constituímos un alma colectiva; pero ese amor nos la revela; nos hace sentirnos el alma.

Los filósofos distinguen con bastante precisión el carácter subjetivo de la imagen interna, engendrada en el hombre por la sensación. Uno de ellos observa cómo cada individuo tiene un modo peculiar de imaginar; llama al hecho "la personalidad de la imaginación". Aunque la visión de un caballo, por ejemplo, es la misma en un negociante, en un "sportman", en un pintor

o en un indiferente, "el fantasma" que cada cual se forma del caballo, en su ausencia, es completamente distinto. Esa observación se hace extensiva a las razas, a los pueblos, a las épocas, y el arte la confirma. El fantasma de una mujer era distinto en el egipcio y en el griego, sin confundir esa transformación colectiva con la transformación de la mujer amada, por ejemplo, en el cerebro del amante, que, si bien análogo, es obra del corazón de cada uno. Pero la observación es aplicable, sobre todo, al puro concepto de Patria que yo quiero inculcar. El fantasma de las cosas de la tierra nuestra es distinto en nosotros y en los demás; es el mismo en los de la misma tierra.

La imagen o fantasma del "ombú" en mi espíritu no es idéntica, ni mucho menos, a la del "Pircunia Dioica" en el del botánico de Castilla; pero, es, si no idéntico, muy parecido en el alma de todos mis coterráneos.

De eso procede lo que suele llamarse "estilizar" en arte: son las cosas copiadas del original interno que se forma un pueblo o una raza El ombú podría ocupar un cuartel de nuestro escudo nacional.

VI

No es esto decir, por supuesto, que no pueden existan patrias verdaderas, grandes y complejas. Las hay, no lo dudo, que, por su intensidad de espíritu, serían dignas de ser pequeñas; pero observemos que, en ese caso, la patria grande es una conglomeración de patrias chicas, unidas, ms aún que por el corazón, por el entendimiento, cuando no por la fuerza. Y confesemos que la extensión es, si no la causa, la ocasión próxima del pecado opuesto a la virtud del patriotismo. El tamaño heterogéneo satisface, no pocas veces,

un sentimiento de orgullo, que no es propiamente virtud, amor patrio; este es "contento", es decir, y lo dice la palabra, "continencia", plena satisfacción con el objeto del amor; el otro puede llegar a ser "incontinencia", torpeza, dispersión o disipación de las energías afectivas.

El patriotismo-virtud dispone a la defensa del suelo en que radica, como el amor filial al de la honra de la madre: con resolución firme, pero sin énfasis, sin provocaciones, sin proclamaciones que hasta parecen ponerla en duda. El otro, el orgullo de lo complejo, el culto del tamaño, incita a la jactancia provocativa, generadora a su vez del anhelo de agrandarse, de poseer cuerpos sin ganarse las almas, de gozar sin amor; no diré que sea, pero sí que puede llegar a ser algo parecido a la voracidad de las especies inferiores.

Lo que yo llamo una patria, en su más intenso sentido, es la patria unidad, simple, homogénea, armoniosa, amada, no por lo que tiene, sino por lo que es, y porque es obra nuestra, de los que somos una sola fuerza, un solo amor a objetos o imágenes comunes: recuerdos, nombres, colores, paisajes, construcciones, ruinas, sepulturas, en que se concentra todo lo existente en el tiempo y en la eternidad.

En el amor a la patria dilatada, rica, fuerte, fuerte sobre todo, puede haber algo de eso, no cabe duda; pero hay mucho también, si no me equivoco, de la idea de reciprocidad, de recibir una compensación, aunque sea de orgullo. Tal hombre de mente y corazón superiores, que, por ser hijo de una nación poco fuerte, ve pasar su vida inadvertida, hubiera gozado el deleite de una gloria resonante, a haber nacido en un estado poderoso. Tal otro, en cambio, no hubiera salido de la multitud anónima, sin el reflejo protector de la patria que lo ha iluminado.

VII

El peligro de hacer de la nación a que se pertenece una especie de prolongación o ampliación de sí mismo, es grave, cuando esa nación es muy fuerte o demasiado grande; se vé en la propia persona una concentración o reducción de la fuerza nacional; se la cree llevar consigo, como un título de superioridad sobre los demás hombres. Un alemán puede sentir el instinto de creerse la Alemania; un francés la Francia; un anglo-americano la América, cuando se encuentran con otros hombres por el camino.

Pero no tanto Francia o la Alemania benéficas, inteligentes, amigas, cuanto la Francia o la Inglaterra o la América, fuertes, capaces de vivir sin contar con nadie, casi amenazantes.

No es raro ver algo de eso, como sabemos, aún en los hijos de naciones secundarias materialmente, cuando llegan a imaginarse que ellas son fuertes; es ley de la miseria. Se pronuncian palabras irreparables. Ese prurito de los hombres inficiona a los gobiernos, dados a adoptar un tono protector en sus relaciones con estados que juzgan menos poderosos. De esa identificación de las persnoas físicas con las internacionales o colectivas procede la vieja idea de ver en los hombres otras tantas personas internacionales, como si su piel estuviese teñida de los colores de la bandera; su piel y hasta su sangre.

Bien es verdad que esa jactancia de que hablamos, cuando es acompañada del desdén, sobre todo, está en razón inversa del mérito personal de cada hombre; pero no son muchas las veces en que ese mérito es tan grande, que no sea mayor aquella humana flaqueza. Se le encuentra lo mismo en el gañán que en el caballero; lo mismo, o poco menos, en el sacerdote que en el sargento.

El soldado que, valiente y también cruel en las filas, pide clemencia no bien se siente aislado, es frecuente en la guerra, según dicen. Y lo es, en la paz, el hombre que, amable y modesto como tal, se torna desdeñoso y casi agresivo, como inglés, como español, como italiano.

Y lo son también las naciones, en razón directa de sus soberbias.

El "cives romanus sum" de la Roma de los Césares, se repite aún, como un anacronismo, en medio de las democracias. Nuestra educación histórica greco-romana ha contribuído a ello no poco, preciso es confesarlo; y no sin fundamento, alguien, coincidiendo con el ruso Tolstoy, que llama al patriotismo sentimiento egoísta, ha dicho que las guerras modernas son el fruto de los estudios históricos. Pero lo son de los rutinarios; no de la filosofía de la historia, que debe ser algo más que una galería de batallas y de personajes oficiales. Hay mucho más que personajes oficiales en la vida de los pueblos; don Quijote es tan digno del honor de la historia como don Felipe II, y acaso más; la filosofía de Sancho, o la del bufón del Rey Lear, son más profundas que la de muchos autores de manuales científicos, experimentales o no.

Esas filosofías, la del bufón inglés y la del escudero español, las verdaderamente experimentales, son las que han de iluminarnos en esta hora de tinieblas que atraviesa la humanidad, por falta acaso de sentido común... el menos común de los sentidos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

EXTASIS PLENARIO

¡Qué dulcemente se aúna
el ensueño al sentimiento!...
Entre una nube y la luna
me estaban contando un cuento.

Erase un cuento ilustrado
sobre un campo de blancor,
en el que se hubo contado
la historia de mi dolor.

La luna sabe el secreto
de todos los corazones,
y cual cantor indiscreto
lo revela en sus canciones.

¡Oh plácida luna! Dime:
si es que las tristezas tomas
del bardo que sufre y gime,
¿por qué ríes cuando asomas?

¿Es tu gesto de ironía?...:
tu sonrisa es compasión?...:
eres buena, mala o fría?...
qué traduce tu expresión?...

Hiciste fiel el pasaje
de los lirios en mi historia,

ellos les dan el ropaje
siempre a mis sueños de gloria;

mas no el episodio amargo
que esfumaste en un momento,
pues fué en mi vida más largo
y más hondo que en tu cuento.

¿Vuelve una nube a ocultarte
tras un enjambre de flores?...
Es la apoteosis de un arte
místico entre tus fulgores.

Ah!... no, otro cuento es que empieza
su asunto a desarrollar...
¿Será también de tristeza
este que se va a contar?...

J. J. Ylla Moreno.

WALT WHITMAN, EL POETA DE LA DEMOCRACIA NORTEAMERICANA

El doctor Osvaldo Crispo Acosta nos ha entregado, en nombre y a pedido del doctor George W. Umphrey, profesor de la Universidad de Seattle, de paso por Montevideo, la siguiente conferencia sobre Walt Whitman. Se trata del notable trabajo que el profesor Umphrey hubo de leer en nuestra Universidad, y que causas imprevistas se lo impidieron.

Complacidos y honrados señalamos la distinción que nos hace objeto el ilustre hombre de letras norteamericano, y agradecemos al doctor Crispo Acosta su atenciosa intervención en el asunto.

Hace más de cien años que nació el poeta de quien tengo el honor de hablar; cincuenta años más tarde ya había escrito la mayor parte de sus mejores poesías. Sin embargo, en aquel entonces no le hubiera ocurrido en mientes a un conferencista escogerle como el poeta representativo de su época y de su patria. Bien a él le cuadra el adagio de que ninguno es profeta en su propio país, a lo menos durante su vida: pocos fueron los que apreciaron su genio poético, su genuino americanismo, su derecho a ser considerado el gran poeta de la democracia. "Epitomó a su pueblo tan perfectamente que por lo mismo no logró impresionarlo", es como explica su falta de reconocimiento su biógrafo reciente, Basil de Sélincourt. Desde entonces se

ha ensanchado muchísimo el círculo de los que le entienden, de manera que, actualmente, se le reconoce como uno de los mejores poetas; sobre todo fuera de los Estados Unidos, se le considera generalmente el poeta más representativo de su época y de su patria.

Su reputación, aumentando constantemente durante los cincuenta años pasados, se ha reforzado recientemente a causa del nuevo espíritu que anima a los escritores más vigorosos de la literatura actual en los Estados Unidos. Por la razón misma de que epitomó a su pueblo tan perfectamente; por la razón de que vió tan clara e intensamente las realidades y las aspiraciones de su época y de su patria y dió expresión a sus observaciones, experiencias e ideales en vigorosos versos rítmicos, libertados de las reglas tradicionales, por estas razones es Walt Whitman el maestro reconocido de los Nuevos Poetas.

Algún conocimiento de la vida de Whitman se necesita para comprender al hombre y su labor. A treinta millas de Nueva York, en "fish-shaped Paumanok", nombre indio de Long Island, vivían sus padres, descendientes de labradores vigorosos e incultos, de origen inglés y holandés. Acabóse su educación de escuela a los doce años de edad, y al trasladarse la familia a la ciudad de Brooklyn, entró en una imprenta como cajista. Sus horas libres las pasó leyendo sin orden alguno o mezclándose gozosamente con las muchedumbres surgentes de la calle. Tenía una afición ardiente por el gentío; fraternizaba con hombres de todas condiciones y era observador atento de la vida humana en todos sus aspectos. No pudiendo conservar ningún puesto por mucho tiempo, era carpintero, maestro de escuela, redactor, periodista vagabundo, viajando aquí y allá por los Estados del este y del centro. En cierta época, entre los treinta y cuarenta años, comenzó a sentir el deseo creciente de traducir en algún

género de forma literaria su propia personalidad, como tipo de las muchedumbres democráticas, para las cuales abrigaba un profundo sentimiento de fraternidad. Se decidió, pues, a dar expresión a todas las cualidades que él creía poseer con el *average man*, el hombre medio o común, sus sensaciones corporales y apetitos, sus aspiraciones y conflictos espirituales en el ambiente de la hervorosa vida democrática que veía a su alrededor; y de hacer esto en una forma de poesía libre de todos los vínculos tradicionales de metro y de rima. Este deseo se efectuó en un corto volumen de poesías, el cual, con sencillez democrática, compuso él mismo en letra de imprenta, y al cual dió el nombre curioso "Leaves of Grass", — "Hierbecillas", — o, más literalmente, "Hojas de Hierba", nombre indicativo de la democracia niveladora que era la fuente principal de su inspiración. El motivo fundamental puede hallarse en la primera poesía:

One s-self I sing, a simple separate person.
Yet utter the word Democratic, the word En-Masse.
Of physiology from top to toe sing.
Noy physiognomy alone nor brain alone is worthy for [the Muse,
The Female equally with the Male I sing.
Of Life inmense in passion, pulse and power.
Chreerful, for freest action form'd under the laws [divine,
The Modern Man I sing.

Su apartamiento de las normas tradicionales, así en la forma tanto como en el contenido, su audacia y su franqueza desembarazada, excitaron cierto interés cuando apareció en 1855; pero muy pocos fueron los que no hallaron en él mayor motivo de ridículo o de indignación que de admiración. Uno de los que lo

apreciaron fué Emerson, y la segunda edición, la del año 1856, llevaba en el prefacio el elogio entusiasta del jefe de los transcendentalistas: "I find it the most extraordinary piece of wit and wisdom that America has yet contributed". ("Me parece la obra más extraordinaria de ingenio y de sabiduría con que escritor alguno haya enriquecido la literatura americana"). Ediciones sucesivas que contienen todas, hasta su muerte, nuevos poemas, siguieron apareciendo. Esta demanda creciente de sus poemas no quiere decir que lograron popularidad de parte de las muchedumbres democráticas de las cuales y para las cuales los había escrito. Durante más de cincuenta años su reputación se ha aumentado constantemente y sus admiradores son muchos; pero todavía no se encuentran sino entre los más cultos.

La guerra civil sirvió de punto decisivo en su vida y labor literaria Teniendo noticias en 1862 de que su hermano, oficial militar, había sido herido, fué a asistirle, y dándose cuenta de la gran necesidad de enfermeros, se dedicó ávidamente a esta rama del servicio Sirvió de enfermero incansablemente hasta el fin de la guerra Esta experiencia de hospital le proporcionó la materia de uno de sus mejores poemas: "Drum Taps" (Toques de Tambor), "Memories of President Lincoln" (Recuerdos del Presidente Lincoln). Aún más, le exaltó espiritualmente, y esta exaltación ejerció una profunda influencia en su poesía. La vida corporal ya no era de primera importancia; en adelante, el alma triunfante fué el tema de buena parte de su poesía.

En 1873, un ataque de parálisis, consecuencia tardía de las fatigas que habían quebrantado durante la guerra su constitución vigorosa, le hizo retirarse a Camden (New Jersey), donde atendió a sus modestas necesidades con la renta escasa de sus libros y conferencias y con los donativos generosos de sus amigos. Su casa se hizo la Meca de sus muchos admiradores de varias partes del mundo. Falleció en 1892

En la vida de Whitman, la mayoría de críticos y lectores hallábanse tan ofuscados por los defectos y las notables excentricidades, tales como, por ejemplo, la tosquedad frecuente de lenguaje, la afición a palabras extranjeras o híbridas, la prolijidad de muchos poemas, la violación deliberada de todas las reglas del arte poético, que no lograron ver las cualidades más esenciales, las universales y perdurables. Ya que ha pasado un siglo desde su nacimiento, estas cualidades duraderas se han granjeado el reconocimiento general, y son ellas que quiero hacer resaltar a vuestra consideración. Primero, sin embargo, dos palabras respecto a sus defectos y excentricidades.

A causa de su educación sin sistema y su falta de acatamiento para con las tradiciones literarias, y porque creía que la nueva democracia que él procuraba interpretar a través del prisma de su propia personalidad, no debiera ser aprisionada en las reglas tradicionales, premeditadamente se aplicó a inventar una nueva forma poética. Lo que resultó no fué completamente nuevo, puesto que se puede hallar algo semejante en los pasados líricos de la Biblia o en Ossian, por ejemplo; tampoco era accidental ni sin regla, puesto que puso en ello mucha reflexión y revisó lo escrito repetidas veces. Lo que se halla, pues, en sus mejores poesías no es poesía en el significado ordinario de la palabra; más bien es una especie de prosa sublimada y reforzada por la imaginación poética y el sentimiento profundo. Hay en algunos de sus poemas o en ciertos pasajes de otros (en el mismo poema puede hallarse muchas veces una mezcla de poesía elevada y de prosa vil y claudicante) un maravilloso ritmo orgánico, en completa concordancia con las emociones

expresadas. ¡Qué versos más bellos en sugestividad musical que estos, a pesar de su descuido por las reglas tradicionales de la prosodia:

Out of the eradle endlessly rocking,
Out of the mockin-bird's throat, the musical shuttle,
Out of the ninth-mont midnight, etc., page 210.

Los críticos han tratado de explicar de varios modos la técnica de su poesía; se la ha comparado con las varias cadencias de la naturaleza física, el océano con sus olas y mareas, un bosque meciéndose en el viento. El crítico español Angel Guerra compara la fuerza tosca de su poesía con un árbol vigoroso echando raíces en un campo raso. "Escribir como crece el árbol, era para Whitman el triunfo más grande del arte."

La falta de popularidad de Whitman de parte de las muchedumbres democráticas, para las cuales escribió, se debe principalmente a este uso de ritmos orgánicos en lugar de la versificación más usual, puesto que al lector ordinario le gusta más la poesía que lleva el sello tradicional. La gran mayoría de sus compatriotas conoce a Whitman como autor de la poesía sobre la muerte de Lincoln: *O Captain, my Captain,* una de las dos o tres poesías métricas y rimadas que él escribió. Yo no quiero decir que la reputación de esta poesía se debe solamente a esto: es indudablemente una de las poesías más nobles que hayan tratado del Presidente mártir.

Ya he referido la desigualdad de la obra poética de Whitman y el frecuente rebajamiento desde los vuelos imaginativos hasta lo más prosaico. Respecto a otros defectos, la prolijidad y método de catálogo, que le han hecho el blanco de muchas saetas de ridículo, eran intencionales; creía que la democracia comprendía todo, y que su interpretación adecuada necesitaba la

mención de una infinidad de particularidades. Si hubiese tenido mayor sentido artístico y crítico, se habría dado cuenta de que las muchedumbres ondulantes y las actividades diversas las hubiera podido expresar más eficazmente mediante una selección cuidadosa de detalles sugestivos, y por mayor concentración de la atención.

Cuanto a la imputación frecuente de grosería y de franqueza indecente, hay poco que decir Apenas pueden apreciar los de raza latina los conceptos puritanos de la decencia literaria que estaban en boga en los Estados Unidos hasta poco ha; o la indignación excitada por "Leaves of Grass" a causa de su franqueza. En cuanto concierne al lector de hoy, se puede decir que algunos pasajes en sus poesías son groseros sin necesidad; no hay nada mórbido ni vicioso La división de su libro que se llama "Children of Adam" ofende más al sentido estético que al ético

Ya he dicho demasiado de los defectos y excentricidades de Whitman En el tiempo que me queda trataré de dos fases esenciales de su obra poética: la democracia y el americanismo.

Recientemente se ha discutido mucho la concepción de la democracia que se encuentra en Whitman. El profesor Gumere, en su libro "Poetry and Democracy" nos dice que Whitman no se puede considerar el poeta de la democracia; para él, la libertad no es otra cosa que el libertinaje, el derecho de cada uno a obedecer a sus propios impulsos; que él no sabía entender la idea central y constructiva de la democracia, el derecho del individuo a desarrollarse a sí mismo en concordancia con los derechos ajenos, coincidiendo el bienestar de cada uno con el bienestar de todos. El inconveniente de este juicio crítico es que juzga a un escritor según las pautas de hoy día en vez de las de su propia época. La democracia ha sufrido un gran

cambio durante los últimos cincuenta años, y tiene ahora poca semejanza a la concepción glorificada de los idealistas del medio siglo. Lo que importa más no es que Whitman no logre interpretar la democracia de hoy, sino que si logró interpretar los ideales democráticos, en teoría y en obra, de sus compatriotas de los años medios del siglo diez y nueve. La fuente principal de la inspiración de Whitman era la democracia tal como él la veía en su proceso de realización.

A su parecer, la democracia comprendía tres elementos de igual importancia, la libertad, la igualdad y la fraternidad Aceptó con entusiasmo la idea emersoniana de igualdad absoluta. Cada objeto de la creación, tiene en sí algo de Dios mismo; de consiguiente, desde el punto de vista del Creador, cada hombre vale como cualquier otro; cada cosa del universo físico tiene importancia igual a la de cualquiera otra. Ya no creemos en esta igualdad absoluta. Es una concepción de la igualdad que no pudiera menos de glorificar la mediocridad y hacer difícil cualquier progreso de la civilización. Como dice Basil de Sélincourt en su biografía de Whitman: "Hay que sacrificar la libertad si hemos de igualar a los hombres, la igualdad si hemos de libertarlos. La reacción de la democracia a fines del siglo diez y nueve se debió en gran parte a este concepto de la igualdad. Excusado es decir que ahora la igualdad no significa más que la igualdad de la oportunidad."

El elemento más importante de la democracia, *la fraternidad*, lo poseía Whitman perfectamente; era ésta una parte esencial de su personalidad. Suyo era el espíritu fraternal. La simpatía entera y el impulso espontáneo de identificarse con todos los que encontraba le hicieron entender completamente al hombre medio, el cual, muchas veces multiplicado, compone la muchedumbre democrática. Trataba libremente con

obreros y artesanos en relaciones íntimas; una infinidad de amigos tenía, ahora desconocidos, de los cuales muchos no sabían que él era poeta; o si lo sabían, eran como Peter Doyle, que confesó su ignorancia de lo que quería decir su amigo en su poesía. Esta personalidad magnética atraía a los intelectuales tanto como a los literatos; entre los amigos que le amaban y admiraban eran muchos de los más intelectuales y cultos de su época, Emerson, Stedman, Stevenson, Tennyson, John, Addington, Symonds, Rosseti y muchos otros

Es, sin embargo, su amor del hombre medio que penetra una parte tan grande de su poesía: "the dear love of man for his comrade, the attraction of friend to friend" (el caro afecto del hombre hacia el hombre, la atracción del amigo hacia el amigo). Era este espíritu democrático de fraternidad el que le permitió decir con completa sinceridad en "Song of Myself" (Canto de mí mismo):

I am enamour'd of growin out doors,
Of men that live among cattle ortaste of the ocean [or woods.
Of the builders and steereds of ships and the wielders [of axes and mauls, and the drivers of horses.
I can eat and sleep with them week in and week out.

En estrecha relación con su democracia es su americanismo, puesto que la democracia que inspiró la mayor parte de su poesía estaba efectuándose más completamente en los Estados Unidos que en cualquier otro país. "He querido poner en mis poemas la Unión completa de los Estados sin preferencia o parcialidad cualquiera", dijo él en "A Backward Glance"; y que lo hizo más completamente que ningún otro de su época se admite generalmente. Sus contemporáneos re-

husaban reconocer la pintura que hizo de ellos, de sus ideales y aspiraciones; ahora sabemos que trazó un retrato verdadero. "Dió la América al mundo y de esta manera se hizo el poeta nacional", dice Sélincourt en su biografía.

Nadie mejor que él conocía a los Estados Unidos de su tiempo. Interesado intensamente en la vida surgente de las muchedumbres democráticas, mezclándose gozosamente con todas clases de personas, bien capaz de entender sus motivos y acciones por su espíritu fraternal que todo lo abarcaba mirando con un modo sereno las ciudades cosmopolitas y bulliciosas del Este o errando por los Estados que se desarrollaban tan rápidamente en el valle del Mississipí, logró expresar en su poesía la vida intensa, heterogénea y democrática de su tiempo. Poeta de inspiración épica, sus héroes no eran los que otros poetas solían cantar; eran los obreros, los artesanos, los labradores, los leñadores, "powerful, uneducated persons" (poderosas personas iliteratas), capaces de hazañas maravillosas cuando trabajan "en masse". Sus poesías en la mayor parte pueden considerarse como las partes fragmentarias de la gran epopeya de los Estados Unidos durante el período de su progreso material más grande: es el gran poema épico cuyo héroe es "the divine, average man" (el hombre medio divino).

El americanismo de Whitman tiene las características de una raza descubridora en una época de hazañas grandes y progreso rápido. Siendo el poeta de energía y de ejecución vigorosa, no tenía que buscar héroes en otros tiempos y países. Por su lectura extensa él conocía y admiraba los grandes hombres de pensamiento y de acción de las edades pasadas; pero le bastaba completamente la vida heroica de la democracia surgente que tenía a la vista:

Regaring it all intenlly a long while, then dismissing it.
I stand in my place with my own day here...
And there is no trade or employment but the young
man following ti, may become a hero,
man following it, may become a hero,
And there ir no object so soft out it makes a hub for
the wheel'd universe". (Song of Myself).

Este regocijo de la vida intensa, el regocijo del trabajo, del deber cumplido varonilmente (duty manfully done) podría ilustrarse en muchos poemas: "Song of the Broad-Ax" (Canto del hacha), "Song for Occupations" (Canto para ocupaciones), "Years of the Modern" (Años del moderno), etc.

El optimismo se encuentra naturalmente en la poesía del que se regocijaba tanto de la vida enérgica de su tiempo. La democracia triunfante es el tema de muchos poemas.

I chant America the mistress. I chant a greater su-
[premacy
—A Broadway Pageant
I announce the Union more and more compact, indisso-
[luble,
I announce splendors and majesties to make all the
[previeus politics of earth insignificant,
etcétera.
So Long.

En estos y en muchos otros poemas pregona el progreso inevitable de la democracia y de su patria.

Respecto al americanismo de Whitman, su modo de tratar la naturaleza necesita dos palabras de explicación. La naturaleza norteamericana, sus rasgos físicos, fauna y flora, no se encuentra vivamente pintada en su poesía como lo es, por ejemplo, la naturaleza

sudamericana en la poesía de José Santos Chocano. Whitman estaba interesado con pasión en la naturaleza, pero estaba tan interesado en la humanidad que raras veces se permitía a aquella ocupar el primer plano del cuadro. Sin embargo, de esto es indudable que su poesía posee una abundancia de color local, de modo que es muy evidente que no habría podido ser escrita en otra parte que en los Estados Unidos. Los nombres sólo de los objetos de la naturaleza y de los rasgos físicos, que se mencionan tan frecuentemente, están tan cargados con las emociones del poeta que no se necesitaban descripciones elaboradas para producir el efecto del color local.

Mi propósito en esta conferencia ha sido llamar vuestra atención a dos fases solamente de la obra poética de Whitman, las fases que se relacionan con los temas de las dos conferencias siguientes de esta serie, su democracia y su americanismo. He intentado presentarle como poeta nacional. Además de ser esto es un poeta universal, cuya influencia ha sido y será importantísima en todas las literaturas modernas. Muchas de las figuras sobresalientes de la literatura mundial de los últimos cincuenta años demuestran claramente su influencia, Nietzsche en Alemania, Maeterlinck y Verhaeren en Bélgica, D'Annunzio en Italia, los simbolistas en Francia, los modernistas en Hispano-América y en España, los nuevos poetas de Inglaterra y de los Estados Unidos. El estudio de su influencia literaria proporcionaría la materia de todo un libro de los más nutridos.

Bien sé que apenas he rozado las cualidades esenciales de su poesía. Concluyendo, trataré de compensaros este estudio inadecuado con la lectura del hermoso soneto de Rubén Darío, escrito poco antes de la muerte del gran poeta norteamericano:

En un país de hierro vive el gran viejo,
Bello como un patriarca, sereno y santo;
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo,
Algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
Son sus cansados hombros dignos del manto;
Y con arpa labrada de un roble añejo,
Como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino,
Anuncia en el futuro tiempo mejor.

Dice al águila: "¡Vuela!" "¡Boga!" al marino;
Y "¡Trabaja!", al robusto trabajador

Así va ese poeta por el camino
Con su soberbio rostro de emperador.

GEORGE W. UMPHREY.

(Universidad de Wáshington, Seattle).

L'ETERNELLE

A Mme. C. V. de A.

Tu eres: Dulce y Buena, toda mi juventud,
el tesoro que queda de mis años dispersos,
la línea de la nube, el alma del laúd.
y todo lo que puede encontrarse en mis versos.

Mi divino pretexto y mi razón de ser,
la harmonía que fluye del corazón sensible,
para cada minuto, hasta más no poder...
la realidad del sueño y la estrella accesible.

Yo he querido a tu tierra como pocos lo han hecho
Francia fué para mí, mi alma descubierta,
es como quien encuentra un rosal en el pecho.

De todas esas rosas tú eres la fragancia,
la ventana habitual sobre el jardín abierta,
el pedacito mío de la tierra de Francia!

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.

Para PEGASO.

He aquí un lírico puro, uno de los más puros líricos de las nuevas generaciones argentinas. Ha viajado mucho, — *navegare necesse est*, — y ha escrito mucho. Su más bello libro se llama "Vita absconditа", dechado de dulzura, de delicadeza, de emoción.

La poesía que publicamos está fechada en 1909, es inédita, y nos ha sido enviada desde Buenos Aires, donde reside el poeta.

VENDIMIAS

Corría el mes de enero y la temperatura de los días y las noches era realmente sofocante en aquella región norteña. De las piedras calcinadas y de la tierra toda levantábase un vaho abrazador. La tierra yerma, los montes zahareños, los campos llenos. Las noches eran así pesadas y voluptuosas, llenas de sensualismo, en los vallecitos amenos, que las montañas con sus riscos y quebradas encierran rodeándolos por todos lados. La luz de la luna acentuaba ese tono sensual. Enero es el mes de las vendimias, de la recolección de la uva, de la fabricación de los vinos espumosos, agradables a los dioses y que a los hombres embriagan. De las parras recias, apretados, colgaban los racimos de las uvas sabrosas, apetitosas como los senos de las mozas casaderas de la región. Los durazneros no estaban florecidos pero, en cambio, columpiábanse de su ramaje jugosos duraznos en sazón. En uno de esos amenos vallecitos, la población entera estaba entregada a la recolección de la uva: mujeres y hombres vendimiaban. Aquello probablemente duraría todo el mes de enero y aún buena parte de febrero. Y daba gusto ver cómo los racimos se cortaban de las parras, se encanastaban los mejores para ser enviados y vendidos en los mercados de la gran urbe lejana, mientras lo restante se pisaba y estrujaba para extraer el mosto que luego había de ser convertido en dulces o fermentado y reducido a vino. Todos competían en aquella tarea, unos cortaban los racimos, otros encanastaban, otros pisaban y estrujaban. Más de uno de los vendimiadores, al caer de la tarde, hora en que se suspendía la labor, quedaba rendido de fatiga y reducido por culpa

del travieso mosto fermentado a pasar la noche allí mismo, bajo el abrigo de las parras familiares. La aldea vivía así su poema sencillo y encantador de todos los años con su égloga y su romance; aquello, además, daba motivo para que los hombres hicieran requiebros de amor a las jóvenes, y según es fama, debajo de las parras se concertó secretamente más de un casorio, que constituía, como es natural, el tema obligado del comentario de las comadres.

Y ahora viene bien la historia o cuento que quiero contarte, amigo. Juan era un muchachote de veintidós años, alto, fornido, como un toro, un tanto desgarbado y, además, taciturno; muchos le creían tonto, pero como verás, amigo, no tenía ni un adarme de tal. Sin embargo, había en sus ojos dormilones no sé qué picaresca malicia, y en su risa un tonito irónico que le valió más de una antipatía. Pues, es el caso que Juan hacía la vendimia y junto con él Rosa, una muchachita inquieta, traviesa, que se pasaba el santo día cantando y se reía de los hombres con la adorable insolencia de los diez y ocho años. A más de uno lo dejó con dos cuartas y la boca abierta... Ella decía que todos los hombres eran unos *tilingos*, y a mí me parece que tenía razón, pues casi todos se desvivían por ella. Juan era acaso el único a quien parecía no interesarle. Esto le molestaba a la chica, como es natural, y sea por esa molestia o porque realmente le preocupaba aquel mozo tan callado, tan silencioso, se propuso no sé qué terribles designios. Empezó por llegarse a menudo donde él trabajaba, pretextando siempre algo,—que las mujeres suelen encontrar pretexto para todo, — y reía y cantaba con su voz encantadora. Algunas veces solía preguntarle si le agradaba el canto, a lo que Juan respondía con frases breves. Esto la ponía a Rosa nerviosa en extremo y se retiraba pensando para sí que era un imbécil y proponiéndose no acercársele más.

Pero volvía, — ella misma no sabía por qué. ¿Estaba enamorada acaso? Un día de tantos, cuando el sol apretaba más fuerte, a la hora de la siesta, dormitaba Juan, bajo una parra frondosa y copuda. En todo el viñedo no había nadie, ni siquiera a muchas cuadras a la redonda. Dormían. De improviso la risa juguetona de Rosa sonó a su lado. Estaba realmente hermosa, con los ojos chispeantes, las mejillas encendidas y el cabello suelto cayendo sobre las espaldas Juan se enderezó. Ella reía, reía con su risa de siempre; luego sentóse. El escote pronunciado dejaba ver el nacimiento del seno que mal disimulaba la fina batita de percal Casi de improviso comenzó a soplar una ligera brisa, que movió levemente las hojas del parral y de uno de los racimos desprendióse un grano, tamaño, de moscatel, que vino, justamente, a dar en el pecho de Rosa, introduciéndose por el escote. Ella dió un salto y un grito, tratando inmediatamente de sacarlo, pero el pícaro grano fué a esconderse quién sabe dónde. Rosa miró a Juan con ojos suplicantes. El mozo entró la mano por el escote, pero el grano de moscatel no se encontraba. La joven se extremeció, cerró los ojos, mientras Juan la envolvía entre sus fuertes brazos y allí, bajo las parras amigas, hicieron los jóvenes sus vendimias de amor. Al año siguiente, para la misma época, había en la aldea un nuevo hogar, cuya preocupación dominante la constituía un robusto vástago de aquellas cepas tutoras. Y todo fué por culpa de aquel pícaro grano de moscatel...

ARTURO DE LA MOTA.

Todavía universitario a pesar de su título, Arturo de la Mota ha publicado en Buenos Aires, donde reside ahora, una interesantísima serie de impresiones de tierra adentro. Recientemente atacó a Lugones desde el semanario "Clarín", con agilidad de estilo y de pensamiento. Es profesor de la Universidad del Litoral argentino, y fué uno de los directores del movimiento estudiantil de Córdoba.

DE ANDRÉS PATENA

SONETOS

Soñaba, en el tiempo del solsticio,
con una alquimia de plateada fiola.
El silbido helicoide de su piola
extendía en la atmósfera el alisio.

Y como el viento, en su pueril cabriola,
alejara las cosas de su quicio,
clavó sobre mi sien un loco vicio
las insinuantes plumas de su cola.

Reflexionando entonces largamente
sobre esa circunstancia delincuente,
dí en el extremo de volverme loco.

Y poniéndome en pie sobre la fragua
abrí atentamente mi paragua,
y oculté mi cabeza poco a poco.

La salvaje espesura de las crines
de cien yeguas, flotaban en el viento
de un galope bestial. Y el violento
grupo que galopaba en los confines

de aquella tierra fría, a sotavento
de un barco en que sonaban a maitines,
gritó la negra hiel de sus clarines
aquel trágico día del segmento.

Angustiaron las sombras su reproche
en el frío colapsus de la noche.
Y el suspenso clamor de los alertas

quedó sobre las aguas asombradas,
como pobres lagunas desquiciadas
sobre los ejes de las tierras muertas.

AGUAS BLANDAS

Liliana, fina, dúctil, primorosa,
leves rasgos con sus uñas sonrosadas
sobre el ébano de un mueble decadente
hace.
Negligente el abandono
del cuerpo modelado antigüamente.
En el sueño de su frente,
la sonrisa no ilumina más que a un solo hombre,
que es antiguo como ella,
y que tiene muchos nombres
consagrados en la ermita de sus labios.

Clotilde deslíe solitarios lloros
sobre el arco de un violín abandonado,
e inclina su joroba de joven congelada
hundiendo la aristocracia de sus manos
en el hueco de sus muslos.
Y no nota que una nota de sol

ríe volublemente en la cortina,
cabe el gato de bronce de la mesa,
que es cojo de una de sus finas
patitas primorosas.

ANDRÉS PATENA.

Andrés Patena fué, entre nosotros, un precursor. Complicado y lírico,—un poco loco quizás,—sus versos cobrán actualidad, pues la manera de expresar las inquietudes de su alma es contemporánea.

Por eso vamos a exhumar su obra inédita, que desde 1900 yacía deliberadamente olvidada. Con ello creemos servir bien a la literatura nacional, pues aunque no es posible determinar exactamente cuándo sus abejas han melificado en campos de asfodelos y de tártagos, siempre hay en su obra la inquietud, el dulzor y la euritmia de una colmena.

GLOSAS DEL MES

ESTÍMULOS ARTÍSTICOS

Es indudable que la literatura nacional atraviesa un momento crítico. Las grandes figuras literarias han cumplido su destino y van desapareciendo poco a poco. Sin embargo, la República crece, y una poderosa vitalidad llena el espacio de rumores nuevos. Los escritores modernos componen un escuadrón numeroso y diverso que tiene todos los colores y labora en todos los tonos. Las corrientes líricas y las orientaciones estéticas toman variadas actitudes como en múltiples insinuaciones de tendencias que van a cristalizarse en verdaderos mundos de belleza La falange novecentista, es ella sola como una fuerza púgil, capaz de traer hálitos de primavera con ofrendas inesperadas.

Y todos trabajan, en pléyade o en silencio, animados del sacro fuego, reavivando cálices antiguos o galopando en frenéticos pegasos.

¿Por qué, entonces, no se estimula con patriotismo a la literatura nacional?

La pintura, la escultura, la música, el canto, las carreras universitarias, tienen becas y premios, concursos y bolsas de viaje con que se quiere alentar y propiciar su perfeccionamiento. Se llega a pagar trece mil pesos por un esfuerzo pictórico de patriotismo indiscutible. Se conciertan anualmente exposiciones de

cuadros y estatuas que el Estado protege con mano cálida, tras de haber dado dotes y costeado estudios a los artistas. Se entregan medallas de oro y rótulos pomposos a cuantos encarnan un ardor o representan un esfuerzo dentro del arte nacional.

Sólo los escritores, — poetas o prosistas, — no tienen protección ni tutela en esta república de Platón.

Quedan librados a su mercado, — ¡tan escaso por cierto que no subasta la edición más pobre!

El trabajo literario, la tesis filosófica, el empeño lírico o la labor pedagógica — que concreta bellezas y ofrece tesoros,— no tienen la saludable estimulación de los Poderes Públicos en el mismo grado de amplitud generosa que las demás artes.

Salvando casos aislados, que sólo dicen oportuna reparación o simplemente buena voluntad, los escritores nacionales no tienen lauros ni premios consagrados

Ahora mismo, el Municipio de Montevideo se propone el establecimiento de un salón anual de bellas artes que estimule y vigorice el afán de los jóvenes

Pero siempre con igual concepto: los únicos artistas, capaces de producir belleza y de crear ambiente, son para las esferas oficiales el pintor, el escultor o el músico.

He aquí una buena iniciativa, — la de reparar este olvido, — que ponemos bajo la égida generosa y brillante del señor Ministro de Instrucción Pública, cuyas dotes intelectuales le perfilan un hermes de clara frente para quien la guirnalda de rosas está pronta

Un premio anual, recompensa justa y bella al esfuerzo de buena ley, puede establecerse para el mejor libro nacional, cumpliendo en realidad con una noble obra de vida y esperanza.

Las razones para fundamentar el mensaje que consagrar este estímulo, abundan y sobran, aquí donde los

premios para los campeonatos de ejercicios físicos o para las escuelas de arte dramático no escasean nunca.

PEGASO expresa esta idea con la segura esperanza de que será recogida de inmediato, como quien pide una gracia a una deidad favorable o insinúa un voto a un destino propicio.

TELMO MANACORDA.

Notas bibliograficas

Languidez.—Versos por Alfonsina Storni.—Buenos Aires.—1920.

No es aquella voz de "Irremediablemente", dolorida, violenta, que a veces solía adquirir la imponencia de un grito venido de lo más hondo del alma.

El arrebato, la ira, el anatema, son la expresión de los espíritus simples que, al modo de los niños, muestran al desnudo sus sentimientos; así reaccionaba Alfonsina Storni frente a las angustias de su vida en aquel libro. Cuando aparecía la ironía, ésta era áspera, cortante y claramente dejaba traslucir, a través de sus gasas, la sangrienta herida originaria.

Libro de dolores íntimos y, por lo tanto, de un subjetivismo hermético, "Irremediablemente" fué la expresión de un estado espiritual que no hubiera podido perdurar, quizás, sin desmedro de la personalidad poética de su ilustre autora.

"Languidez" no es una nueva etapa todavía, sino la conclusión de aquel anormal estado de ánimo: los nervios, excesivamente tensos, se han ido aflojando, ha amenguado el dolor, dejando el precioso fruto de la experiencia, y los ojos, demasiado absorbidos en la contemplación del drama interior, se vuelven hacia afuera...

Así aparecen en este libro dos elementos hijos de la madurez y la experiencia, que complican, completándola, el alma de la poetisa: el objetivismo y la ironía superior, aquella que tiene más de piedad y de amargura que de rencor...

Ella bien lo apercibe cuando dice: "inicia este conjunto, en parte el abandono de la poesía subjetiva que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho respecto de ella todo lo que tenía que decir, por lo menos en un sentido". No es precisamente que se vaya al objetivismo cuando se haya dicho todo lo que tiene que decirse del alma; el alma es manantial inagotable y, además, no hay cosa por más objetiva que sea, en donde ella no esté presente. Lo que hay es la noble tendencia de todo espíritu elevado, pasado cierto período de la vida, a magnificar su obra, saliendo de lo íntimo para interpretar panoramas o sentimientos colectivos, convencido de que es

petulancia y orgullo hablar siempre de sí propia, como si en nuestra alma se reconcentrara toda la vida de la tierra

"El león", por ejemplo,—bella poesía con que empieza el volumen,—dice el dolor de la fiera encerrada, la angustia de pensar en las proles míseras que nacerán de su esclavitud, la rebeldía que se debate inútilmente contra los hierros...: en todo esto hay algo de universal, de verdad absoluta.

En "Mi hermana" aparece otro sentimiento muy común: el de apoyo al débil, la generosa pretensión de amparar el asilo donde anidan la virtud y el candor de los pequeños seres que se aman; tendencia tan arraigada que, frecuentemente, hace brotar sublimes flores de sacrificio en las almas más pervertidas.

Del mismo modo, podrían citarse algunas otras, "Domingo", "Tristeza", "Miedo", "El dolor de la tierra", "La que comprende", etc., en todas las cuales aparece,—ora al desnudo, ora disimulado bajo un bello simbolismo—ese deseo de olvidar lo íntimo para hacerse intérprete del alma colectiva; y cuando así hablo no me refiero solamente a seres, sino también a cosas y paisajes.

¿Se pierde la personalidad por eso? Al contrario, se la consolida y engrandece; y, en cuanto a la poesía en sí misma, adquiere una trascendencia y una magnitud que no puede conseguirse cuando se exteriorizan únicamente sentimientos íntimos.

Por eso nos parece que Alfonsina Storni ha dado, con este libro, un salto para penetrar en el círculo de los grandes poetas; salto todavía tímido y lleno de riesgos—sobre todo para un alma femenina—pero que no podemos menos que aplaudir, bien confiados en el valor de sus extraordinarias facultades líricas.

Hay en "Languidez" dos poemas, "Letanías de la tierra muerta" y "La copa", verdaderas notas epopéyicas de una fuerza y grandeza difíciles de hallar en obra de mujer y las que por sí solas bastarían para dar razón a la confianza que hemos expresado.

Con esto, naturalmente, no queremos desconocer el mérito de su obra subjetiva, en donde aparecen cosas como "Limosna" y "La caricia perdida", de una rotundez expresiva pocas veces igualada, así como tampoco del valor de su ironía que, a veces, hasta por la técnica, recuerda la de Heine.—**J. M. D.**

Veinte Años. — Versos de Enrique M Amorim. — Buenos Aires. — 1920.

Este libro de versos tiene una defensa formidable contra los flecheros de la crítica. El más bravo de los sagitarios levantará el arco al cielo, en ademán rítmico, y se rendirá en una prolongada cortesía.

Nobleza obliga a recibir este libro con tales maneras.

Juventud de "veinte años", que trae una canción en los labios y una antorcha en la diestra; juventud arrogante y lírica que trae primavera sobre el mundo: ¡saludémosla!

Su virtud vence al destino, como en el verso de Rubén Darío, y ella sola se basta para dar valor a este libro y para reducir todas sus fallas.

No importa la plasticidad cándida, la rima desacorde, el verbo todavía duro, la ideación sin grandeza y con artificio ..

No importa la influencia ambiente de Fernández Moreno o de Arturo Capdevila...

Preocupa tan sólo el vuelo audaz de esta juvesentud con alas, limpia de melancolía y alegre de voluntad, que trae rosas jocundas para la novia, que canta a la tierra y al sol, y que exenarea su Pegaso piafante al pensar que "en Olivos no hay mujeres".. .

Y si es necesario mentar alguna composición destacada del libro, no olvidemos "Canto", "Vanidad", "Olivos", "El viento"... "Canto", sobre todo.

Con cualquiera de ellas, Amorim puede pretender su viático de poeta y merecer nuestra simpatía ilimitada.

Nada mejor entonces, y ya que se trata de un recién llegado de vigoroso impulso, que aunar nuestro voto de "buen viaje" al que le formula el corazón amable de Fernández Mororeno ..—T. M.

El Genio Francés.—Por Wáshington Paullier.—Montevideo.—1920.

El autor, con ese espíritu combativo y esa solidez que da el convencimiento absoluto de una creencia, deja correr en este libro todo el entusiasmo y la admiración que siente por el árbol latino en general, y muy particularmente por su estupenda rama gala.

Fácilmente se adivina que el autor tiene las venas inundadas de sangre francesa; y que se han estremecido profundamente sus nobles raíces con las extraordinarias inquietudes que acaba de sufrir la patria de sus antepasados.

Y es muy justo que el autor se enorgullezca de su sangre y le teja una apología frenética. Francia ha sido, sin duda, la primera nación de la humanidad, el eje espiritual del mundo, aquella que ha comprendido como ninguna el sentido de la vida.

Artistas, sabios, diplomáticos, guerreros, han florecido siempre lujuriosamente en su seno; y aunque otros países pueden vanagloriarse también de haber dado muchos hombres notables, es cosa cierta que, considerado pueblo a pueblo, ninguno puede parangonarse al francés en cuanto a la universalidad de su cultura y a su poder de expansión.

Francia, además, tiene el don del gesto; lleva aun la Majestad prendida de su túnica, ha sido grande en sus victorias y, quizás más aún, en sus caídas. Justo es también reconocer que en la actual lucha ha sido digna de su historia; la que más enteramente se dió y aquella a quien el triunfo se le debe en primer término...

Pretender quitarle un ápice de su grandeza sería, pues, infantil; pero es necesario reconocer también, rindiendo culto a la justicia, que sin la escuadra inglesa y la ayuda norteamericana, la raza latina y el genio francés, su más alto exponente, hubieran sufrido un contraste irreparable Porque, no obstante las brillantes reflexiones que hace el autor sobre el valor de las cantidades y las calidades, siempre será una terrible verdad aquella de que los sarracenos muelen a palos cuando son más que los buenos ..

La guerra última no ha provenido de un conflicto de razas—hombres de toda procedencia han estado mezclados—ni ha sido un choque de idealismos opuestos; quizás de todas las guerras que ha soportado la humanidad, ésta ha sido la más mezquina en cuanto a las causas originarias. Alemania ha sido la culpable, es cierto, pero sólo porque en ella se había desarrollado con más intensidad que en las otras naciones el orgullo, la insoportable altanería del fuerte y ese concepto imperialista, que no podrá por mucho tiempo separarse de la idea de patria, y en virtud del cual todos quieren colocar la suya por encima de las demás.

El mundo debe estar agradecido a los aliados por haber destruído el águila teutona; pero, ¡por Dios!, que no surjan más águilas...

El autor no se limita solamente a hacer el elogio del hombre, del soldado y de la tierra galos; alaba también la tendencia conservadora y reaccionaria de la actual política francesa, y cree firmemente que ésta no es producto de una situación extraordinaria, sino fruto de una idiosincrasia natural, en virtud de la cual Francia, a pesar de las apariencias, representaría el verdadero bloque defensivo contra las ideas avanzadas.

En verdad, el autor, grandemente versado en historia, filosofía y sociología, fortifica con tantos documentos sus razones y, además, se expresa con tanto talento, que deja el ánimo del lector—enamorado precisamente de Francia, por creerla cuna de casi todas las grandes inspiraciones, y el brazo elegido para llevarlas a cabo—un tanto anonadado y perplejo. Pero inmediatamente hemos recordado a Barbusse, a Rolland, a France, y hemos seguido creyendo que el genio francés es renovador y revolucionario, y que precisamente esa trilogía, acaso más que la de Foch, Bergson y Lavedan, es la verdaderamente representativa del generoso espíritu galo.

Francia en la actualidad está embriagada por la victoria. Convaleciente de su espantosa sangría, está haciendo lo de todo convaleciente: reponiéndose en la pasividad y la calma Pero la Unión Sagrada, a cuyo imperio se acallaron todas las desavenencias, tiene que ser transitoria, como la causa que le dió origen. Volverán los hombres a luchar por sus ideas y hemos de volver a ver a Francia, para su propia grandeza, sacudida por las injusticias sociales, afanosa por mejorar el destino humano, colocándose al frente de los idealismos reformadores. ..

El autor encomia el sentimiento de revancha francesa habido des-

pués del désastre del 70. Bien se sabe, sin embargo, que la mayoría del pueblo francés no quería la guerra. Por otra parte, como no hay por qué ver malo en el alemán lo que es bueno en el francés, habrá que alabar también el sentimiento de revancha teutona, que ya tiene sus voceros y sus grandes masas fanáticas... Y en tanto no varíe el concepto ancestral de patria, estaremos obligados a contemplar a los hombres, o peleando o preparándose para pelear. No creemos que éste sea el destino humano y sinceramente suponemos que, si el violento huracán que sacudió al mundo no hubiera traído como resultado el gran movimiento social de Rusia y los que se perfilan vigorosamente en Italia, Inglaterra y Alemania, los millones de hombres que han quedado tendidos en los campos de Europa hubieran muerto estérilmente.—**J. M. D.**

El laúd en el valle.—Versos de Humberto Fierro.—Editorial Frivolidades.—Quito.—Ecuador.—1919.

Crepuscular histeria, imaginería romántica, levadura rubendariana: son los rasgos más pronunciados del semblante lírico de Humberto Fierro a través de este breve librito de versos.

Lo que más vale en él es su romanticismo, ese don misterioso pero positivo que señala la eternidad del arte, mal que les pese a los contorsionistas de última hora.

Será un poco antigua la pintura del valle triste, cuando el sol poniente colorea las cumbres y se oye en el fondo la voz melancólica del laúd; pero, ¿no es frecuente el mismo paisaje romántico en el escuadrón más avanzado del novecientos? Manuel Machado, Francisco Villaespesa, Ricardo Jaime Freyre, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, ¿no han dado la nota característica del romanticismo novecentista? ¿Y el alma y la poesía no son, acaso, perdurables por esa vibración divina del corazón romántico?

En cierto modo, todo eso tiene ya su pátina como los cuadros de los museos, y desde Byron y Lamartine hasta Bécquer y Balart, la misma suavidad de óleo viejo los vincula, pero el alma humana, diferenciada en matices, en sensaciones, en ritmos o en rimas,—acordes con el aire de su tiempo, que le da secretas variaciones, — será siempre la misma en la expresión artística del sentimiento.

La misma digo, en el sentido de imponer su pequeño orbe sentimental sobre los círculos concéntricos de las estéticas más o menos concretas.—**T. M.**